

MÁS ALLÁ DEL DESIERTO*

YOLANDA NATERA DE LA PEÑA

“Después, Eugenia y yo abordamos mi coche, fuimos por Enriqueta y las maletas al parque. Era una mañana soleada de principios de agosto, que presagiaba el calor del resto del día”.

37



R

ecuerdo una imagen de su último viaje. Eugenia mirando al cielo del desierto. Eugenia sonriendo, caminando, girando entre el aire puro. Ese aire impalpable, invisible, que al respirarlo da vida. Aire que permanece en lugares transparentes del mundo, en montañas y desiertos, donde el humo de las máquinas aún no llega. El cielo azul intenso y el horizonte de montañas lejanas. El azul del cielo como mar, la tierra como playa, en esa región donde el desierto antes fue mar. Eugenia llena de vida, en uno más de sus viajes. Viajar, encontrarse con lo desconocido, lo otro. Son imágenes que precedieron a su muerte. Minutos antes de su repentina muerte. Me gusta recordarla sonriendo, bajo el cielo del desierto. Cielo que parecía mar sin olas, mar caribe, mar de Mallorca, mar azul. Esta imagen fue en el desierto de Coahuila, en su última visita que hizo a México.

Ella era una viajera. Hacía viajes introduciéndose de lleno en ellos. Se trasladaba a un lugar, ahí convivía y hablaba con las personas. Deambulaba por diferentes ambientes, observando y sintiendo los detalles. Durante bastantes años, las circunstancias de su vida, facilitaron sus viajes.

Viajar, moverse, cambiar. Ir transformando la identidad. Trasládarse de lo conocido a lo desconocido, de la rutina cotidiana a lo sorprendente. Fernando Pessoa, viajaba entre una identidad y otra. Era él y otros. Firmaba sus poemas como Ricardo Reis o Alvaro de Campos o Alberto Caeiro o Pessoa. En palabras de Pessoa refiere sus viajes:

Otro, ser otro siempre,
Viajar, perder países,
Vivir un ver constante
Alma ya sin raíces.

La gente se cansa
Del mismo lugar,
¿De estar en mí mismo
No me he de cansar?

Aquel martes por la mañana, fue de incertidumbre, sabía que llegaban Eugenia y Enriqueta a visitarnos. Me habían avisado que tomarían un autobús, que salía de Chihuahua alrededor de media noche, sin definirme la hora. Una ambigüedad de horario, para recibir a las viajeras, que no tenían hora. A las nueve de la mañana, sonó el timbre de mi casa. Era Eugenia con su sonrisa. Una sonrisa fácil, que en una instantánea mostraba algo esencial de ella, lo que fui conociendo a lo largo de nuestra amistad: calidez, apertura a la vida. Sorpresa, era Eugenia y nos dimos un abrazo. Yo esperaba su llamada para ir a recibirlas a la terminal.. Y Eugenia apareció en la puerta de casa, ligera, sin equipaje y sola. Cuando llegaron, y Eugenia intentó llamarme, yo hablaba con un plomero, explicaciones de ciertas reparaciones, teléfono ocupado. Y ellas decidieron tomar un taxi y trasladarse a Lerdo. Eugenia no logró guiar al chofer del taxi hasta la casa, y pidió las dejara en el parque. De ahí, Eugenia caminó para encontrar la casa. Enriqueta se quedó cuidando las maletas, desvelada por el viaje en autobús, sentada en una banca del parque. Antes de llegar a casa, Eugenia encontró a Magda, mi vecina, con quien en visitas anteriores, salía a caminar por Lerdo. Ellas hablaron algunos momentos, con el regocijo que envuelve a las palabras, después de años de no verse.

Después, Eugenia y yo abordamos mi coche, fuimos por Enriqueta y las maletas al parque. Era una mañana soleada de principios de agosto, que presagiaba el calor del resto del día. Recuerdo a Enriqueta, sentada en una banca, con las maletas al lado, entretenida mirando a la diversidad de deportistas mañaneros, guardianes tenaces de su salud: hombres y mujeres de la tercera edad caminando

apresurados, jóvenes delgados corriendo, señoras regordetas estirando brazos y piernas. En anteriores viajes a Lerdo, Eugenia disfrutaba salir a caminar al parque por la mañana, mezclarse con las personas de tenis y sudadera, que recibían al día, haciendo ejercicio. Se involucraba con el alboroto temprano del parque, comentando que en su Barrio de Gracia, en Barcelona, no se acostumbraba salir por la mañana, a dar vueltas y revueltas alrededor de la Plaza del Diamante, con los pies enfundados en cómodos tenis. Costumbres diferentes de cada país. Recordé que, allá, en la histórica Barcelona, que deambula entre la postmodernidad y tradiciones añejas, como un vino reposado que premia al paladar del catador, en torno a la Plaza del Diamante hay bares y cafés, con mesas al aire libre, que reciben desde temprano a quienes piden su expreso o cortado con un bocadillo. Y más tarde, alguna cerveza o copa de vino. Diferencias de cada tierra. Eugenia, que allá se sentaba a tomar un cortado, acá daba vueltas a pie, uniéndose a los guardianes de la salud.

En el parque, recibí a Enriqueta, entretenida contemplando a los ejercitantes del cuerpo. Despabilándose de la desvelada, con tal movimiento. Subimos las maletas al coche y llegamos a casa. Después del viaje nocturno en autobús, era necesario un buen desayuno. Nos sentamos en el comedor, para comer fruta, cereales, yogurt, pan. Eugenia evitaba tomar el intenso café español, ocasionalmente lo tomaba cortado con leche. Tomaba té negro, costumbre que adquirió en sus frecuentes viajes a Inglaterra e Irlanda, a visitar a su hija Uxue y a Harry, irlandés con quien Eugenia tenía una relación amorosa, amenizada con visitas entre un país y otro. Les ofrecí té negro, aromático té, ambas respondieron que, desde su llegada a México, tomaban el café americano, café aguado que se acostumbra acá. Eugenia le tomó gusto a este café ligero, y durante su viaje lo substituyó por el té. Mientras desayunábamos, empezamos a platicar, había tanto de qué hablar en aquel reencuentro. Había un ritmo libre entre los bocados y la plática. Hablaba una, hablaba otra, palabras multitemáticas, palabras alegres,

palabras de mundos y vidas, como en un concierto sin dirección. Ellas habían estado unos días en Cabo San Lucas, visitando a su hija Uxue, quien había sido contratada para trabajar con el equipo de producción, en la filmación de una película norteamericana. Después de ahí, pasaron unos días en la Sierra Tarahumara. Qué tal el viaje por Cabo San Lucas y la tarahumara, pregunté. Es hermosa la combinación de mar y desierto en Baja California, comentó Eugenia, Uxue estaba en un hotel junto al mar, hoteles llenos de gringos, la compañía hospeda ahí a su gente. Nosotras preferimos hospedarnos en el pueblo, añadió Eugenia, en un hotel más sencillo, en contacto con gente de la región. Sí, huimos del gran turismo, dijo Enriqueta. Entre ambas, me fueron relatando del mar y el ambiente lugareño. A Uxue la veían por la noche, trabajaba todo el día. Después, ellas tomaron una avioneta hacia Los Mochis, un vuelo de espanto por los fuertes vientos. Pero en un viaje hay de todo, comentaron. Y en Los Mochis, abordaron el tren que atraviesa la Sierra Tarahumara, bajaron en la Barranca del Cobre, el corazón de la sierra, para permanecer ahí algunos días. Llegamos a buscar hospedaje, dijo Eugenia, me habría gustado en aquellas cabañas muy dentro de la sierra, donde estuve hace años. Pero ya no se alquilan, llegaba poca gente hasta allá. Y nos hospedamos en una cabaña cerca de la barranca. Caminamos mucho, continuó Eugenia con entusiasmo, nos sorprendió ver a un muchacho tarahumara, sentado en una piedra que volaba sobre el barranco, una piedra que casi se desprendía, el muchacho reataba al abismo contemplando la lejanía. Pero la gente me pareció diferente de mi visita anterior, hace más de diez años, añadió Eugenia con mirada sombría, los indígenas se ven algo tristes, apagados, más pobres. Parece que mucha gente saca provecho de esas tierras, pero no son los tarahumaras, exclamó Enriqueta. Recuerdas aquella niña, que nos quería vender de todo, preguntó Eugenia. Sí, la madre vendía artesanías, narró Enriqueta, su hija nos llamó desde la puerta de la cabaña, y nos ofreció en venta cosas que sacaba de ahí, un peine, una cuchara, un chal, cosas usadas. Imitaba a la madre vendedora, añadió Eugenia, estaba aprendiendo a vender, estuvimos jugando con ella, que ojos tan vivarachos tenía esa niña.

Hacía años, en su primer viaje a México, Eugenia había conocido la Sierra Tarahumara. Entonces, estuvo de visita en mi casa, algunas semanas, y decidió viajar hacia la sierra de Chihuahua. Procuraba conocer los alrededores, las



diversas culturas y personas. Durante los años que la conocí, su curiosidad era una constante en ella, como un rasgo personal, su estilo de andar por el mundo. Tenía un interés perenne de contactar con lo otro. Y emprendió su viaje. En autobús, en tren y finalmente en una camioneta serrana. Llegó hasta unas cabañas, ubicadas en la médula de la Sierra Tarahumara. En aquellos días, ella era la única huésped en las cabañas, atendida por una familia que administraba el lugar. A su regreso, me relató aquel viaje. Manteníamos largas conversaciones, a ella le gustaba relatar los detalles, sus palabras iban dibujando vivencias con nitidez. Había caminado por las montañas para divisar las barrancas. Hizo amistad con la mujer que preparaba la comida y su marido, quien conducía la camioneta, por los tortuosos caminos de terracería. Acompañó hasta el amanecer, a un grupo de hombres y mujeres indígenas, que danzaban festivos bajo el cielo estrellado. Amó el sol y la vida y se impregnó de olor a pino. Regresó platicando su sorpresa ante un niño, que encontró a la sombra de un pino, en medio del monte, quien le preguntaba si conocía el mar, que le platicara del mar, que le platicara de los peces grandes que vivían en el mar, que le platicara de las olas. Y los ojos del niño, miraban al cielo, imaginando el mar que la viajera relataba. A su regreso, alguien preguntó a Eugenia, si había viajado sola a la tarahumara. Iba conmigo misma, respondió. A lo largo de su vida, hizo algunos viajes consigo misma, estuvo en Oaxaca, Chiapas y Yucatán. Consigo misma

iba bien acompañada, siempre encontraba amistades fugaces en su camino, que le sembraban vivencias y reflexiones, detalles y peripecias. Harry era una de esas personas, que el destino puso en su viaje. Lo conocí en una visita a Dublín, entabló conversación con aquel irlandés, que trabajaba en la construcción. Y de ese encuentro, fue surgiendo una relación, hacía algunos años, con visitas mutuas entre Barcelona y Dublín y viajes en pareja. Eugenia me hablaba de Harry. Algo que tengo grabado, es que Harry decía de sí mismo, I am ordinary people. Quizá, alguien que dice eso, no es tan ordinario. Pocas personas dirán eso de sí mismas. No conocí a Harry, pero las palabras de Eugenia, me fueron delineando una idea de él. Una presencia con una sencillez fresca.

Viajo conmigo misma. Viajo contigo. Sola y acompañada. Lo uno incluye todo. Como una esfera incluyente. Sencillo y complejo, sola y acompañada, partes de un todo. Miró las hojas de un árbol, se mueven con el viento, caen y renacen, en su ciclo ordinario. Y dentro de cada hoja, tantos elementos, diversidad de energías. La complejidad. La vida.

* Fragmento de novela, que próximamente será publicada en la colección "La Fragua", Instituto Coahuilense de Cultura.